

## Perfil en el aire José Moreno Villa

Colaboración de TRIGUEROS de LEÓN

La imagen que guardaba yo de Moreno Villa es la de aquel hombre que está en una calle de Madrid —sombrero de faja ancha, cigarrillo en la mano— mientras en el fondo se desdibujan unas almenadas torres. Viste sin el desenfado de otros poetas. Bien puede ser un médico que va a visitar a sus enfermos o un químico que acaba de salir de su laboratorio, después de haber estado largas horas entre microscopios y matraces.

Ahora, aquí en México, he visto a otro Moreno Villa, más poeta en el semblante que aquel de Madrid. Más reveladoras sus facciones. Los años han acentuado "los montoncitos de ceniza de su pelo goethiano". Leves surcos de tiempo cruzan su frente. Es una cabeza para ser dibujada, en permanente equilibrio.

Se me ocurre, de pronto, preguntarle por *Jacinta la pelirroja* e ir adentrándome en los recuerdos de su poesía de ayer, la de Garbas, Carambas, Luchas de Pena y Alegría. Hablar con un poeta es descubrir voces que escapan a todo escrito. Los versos nos revelan algo; pero siempre dejan oculta una raíz, fondo secreto de todo poema. La palabra que dura un instante y se hace y rehace en la charla, es el mejor testimonio del sentir y del pensar.

Así, de viva voz, he ido recogiendo estos perfiles y algo queda en ellos de lo no revelado por el artista cuando éste escribe y piensa en su oficio, en el material con que trabaja, en las cosas sometidas a un rigor.

Fluyen las ideas abiertas como un río y se quedan manando siempre; encaminadas hacia un fin que pueden alcanzar o no.

La mejor presencia de alguien es la que se tiene en contacto directo, cuando las palabras provocan otras y se alcanzan, chocan y entremezclan en su curso.

Así, en ese ir y venir de la conversación, Moreno Villa me dice:

—Llegué a México el día de la Madre, del año treinta y siete, cuando florecen las jacarandas, en plena primavera que es lluviosa. Desde entonces vivo en este país acogedor, dedicado a mis labores literarias.

—En *Vida en Claro* algo ha dicho usted acerca de sus primeras relaciones con la gente de letras que vive en esta tierra.

—Sí. Relato mi llegada y hablo de mi amistad con aquellos a quienes ahora lla-

mo remeros del espacio. Este libro —*Vidas en Claro*— es una obra global que abarca toda mi vida; pero yo creo que podría ir ampliando ciertos capítulos o aspectos que no han sido tratados extensamente. Ahora estoy publicando, en el suplemento de *Novedades*, lo que llamo *Memorias revueltas*, que será una prolongación de *Vida en Claro*.

—¿Y sus Autores como Actores?

—Entre *Vida en Claro* y las *Memorias Revueltas* he escrito y publicado ese libro. El primer ensayo se ocupa mucho de los escritores españoles del 98, no bajo el aspecto literario precisamente, sino como seres humanos en acción, en la vida. Las figuras que ocupan mi atención han sido, desde luego, Unamuno, Baroja, Azorín, Ortega, los Machado.

El capítulo más importante y a juicio de los críticos, más certero, es el estudio de Manuel Machado: "La manolería y el cambio".

—Entre sus recuerdos, ¿cuáles son las notas más originales acerca de algunos autores?

—He dicho en mi último libro que Unamuno no se reía nunca. Alguien me ha objetado que se reía a carcajadas; pero yo creo que esa era una risa sarcástica y privada, porque nunca le vi reír, en verdad. De la experiencia que hayan tenido otros no respondo, sino de la mía. Así como Unamuno era el discutidor, los Machado no discutían, asentían.

—Poesía de ayer, de hoy, de mañana, podría titularse un fragmento de esta entrevista, en el que usted hablaría de su labor poética, a través de los años.

—No he tenido propósito ni línea directriz en mi poesía, ni me he fijado en la política literaria. Si he coincidido con lo anterior a mí y lo posterior, ha sido por influencias del ambiente, ajenas a mi voluntad. En mi producción, tanto de verso como de prosa, trabajo pensando, cada mañana, que empiezo a escribir, que no he escrito nada antes. Esto quizá sea lo que imprima cierta frescura a mis obras y que algunos críticos de arte descubren también en mi pintura. Ahora bien, de estos últimos años, y mirando a los tiempos de juventud, noto que hay una gran diferencia entre el estado espiritual con que escribí los primeros libros y los de hoy. Ahora digo, en uno de los últimos poemas, "...y no quiero más lágrimas, si no son como estrellas". Esta simple frase indica que en casi todos los libros anteriores ha habido lágrimas, aunque en algunos están veladas por la ironía o el sarcasmo, como en *Carambas*, *Jacinta la pelirroja*, en *Salón sin Muros* y en *Puentes que no acaban*.

Recientemente, Luis Cernuda, acusándome recibo de mi primera Antología Poética —llamémosle grande por abarcar casi toda la obra— me escribe lo siguiente: "He estado leyendo la primera sección de su libro" —que cronológicamente es la última— "y ahora veo mejor que antes una característica de usted, de su persona y de su trabajo, que antes no veía... Y es cierta forma irónica de la heroicidad: Echarse las penas a cuevas y decirse: adelante, que no son tan pesadas como cuentan, y aun puedo yo con más".



José Moreno Villa

(1950)

\*

—¿Sus proyectos de Poesía?

—Yo produzco por etapas. Hay épocas en que no escribo versos; otras, en que los poemas salen con tal apremio que casi diría no tengo tiempo para escribirlos. No puedo explicar a qué se debe; pero desde luego a situaciones y a circunstancias de la vida. Las circunstancias operan mucho en mí. Lo mismo me pasa con la pintura. Puedo decir, en resumen, que no tengo proyectos, ni los he tenido en la vida para nada. Las cosas se realizan a merced del tiempo.

—Dejemos la pluma, para tomar el pincel. Pecarían de incompletas estas impresiones si no figurara, en ellas, la pintura de usted.

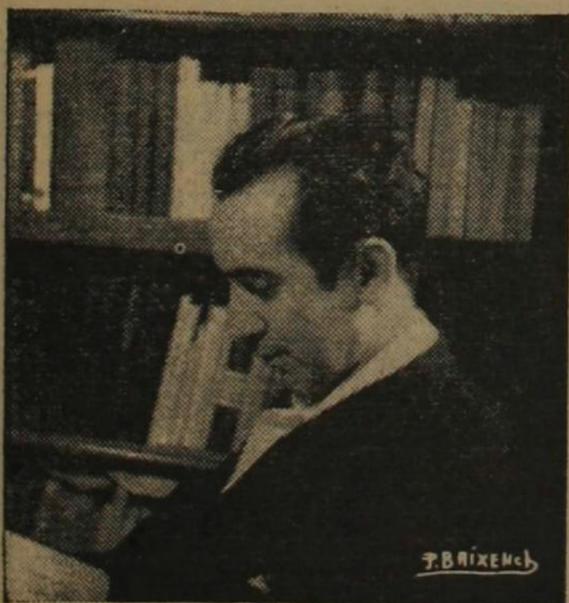
—He dibujado desde chico; pero antes del año veinticuatro apenas si pinté al óleo tres o cuatro lienzos. Desde el veinticuatro, sí, mi trabajo ha sido continuado, aunque con paradas, de cuando en cuando. La venida a América y la radicación en México, por el desastre español, me obligaron a poner en movimiento, con más esfuerzo, las facultades de que disponía y desde luego he pintado aquí mucho más que en España.

Comencé exponiendo dibujos de guerra el año treinta y siete, en el Palacio de Bellas Artes. Mi segunda exposición fué en la Galería que abrió la Universidad en la Calle de Dolores. Después hice tres en las Galerías de Inés Amor, Calles de Prim y Milán y la última acabo de hacerla en el Ateneo Español de México.

He pintado más de cuarenta retratos al óleo y en cuanto a composiciones, son muy variadas, aunque siempre de carácter imaginativo, aun tratándose de flores o de paisajes. Compongo con los elementos que me vienen a la imaginación, en el momento, ya sean los signos del zodiaco o las peripecias de Don Quijote en el mundo actual.

—Sumamente interesantes son los trabajos que usted ha publicado acerca de pintores, especialmente españoles.

—De los pintores españoles antiguos he escrito bastante. A Velázquez le dediqué un librito, hace años, y luego muchos artículos en periódicos. Siempre será un punto de referencia, como lo es también Goya. Cuando me ocupo de estudiar las posturas de los retratos o la expresión anímica, en



Trigueros de León

(1950)